

Yukio Mishima

El Templo del Alba

El mar de la fertilidad (3)



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Akatsuki no tera*
Traducción de Guillermo Solana Alonso

Primera edición: 2007
Segunda edición: 2012
Quinta reimpresión: 2024

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 1970, The Heirs of Yukio Mishima. All rights reserved
© de la traducción: Herederos de Guillermo Solana Alonso
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2007, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-0905-8
Depósito legal: M. 23.785-2012
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

Primera parte

11	Capítulo 1
33	Capítulo 2
52	Capítulo 3
66	Capítulo 4
71	Capítulo 5
77	Capítulo 6
79	Capítulo 7
86	Capítulo 8
109	Capítulo 9
117	Capítulo 10
131	Capítulo 11
140	Capítulo 12
148	Capítulo 13
155	Capítulo 14
159	Capítulo 15
164	Capítulo 16
168	Capítulo 17
172	Capítulo 18
179	Capítulo 19
186	Capítulo 20
192	Capítulo 21
203	Capítulo 22

Segunda parte

211	Capítulo 23
220	Capítulo 24
225	Capítulo 25
250	Capítulo 26
259	Capítulo 27
267	Capítulo 28
275	Capítulo 29
282	Capítulo 30
289	Capítulo 31
296	Capítulo 32
305	Capítulo 33
315	Capítulo 34
321	Capítulo 35
329	Capítulo 36
343	Capítulo 37
357	Capítulo 38
367	Capítulo 39
379	Capítulo 40
391	Capítulo 41
404	Capítulo 42
420	Capítulo 43
439	Capítulo 44
460	Capítulo 45

Primera parte

Capítulo 1

Era la estación de las lluvias en Bangkok. El aire se hallaba saturado de una llovizna constante y tenue y con frecuencia las gotas de agua caían bajo los brillantes rayos del sol. Aquí y allá se veían siempre jirones azules, e incluso cuando las nubes se espesaban con más fuerza en torno del sol, el cielo en toda su extensión era deslumbrantemente azul. Ante la proximidad de un chubasco se tornaba ominosamente oscuro y amenazador. Como un presagio, una sombra envolvería entonces aquella ciudad de tejados bajos, predominantemente verde y punteada de palmeras.

El nombre de la ciudad se remonta a los tiempos de la dinastía Ayutthaya cuando fue por primera vez llamada *banq*, «poblado», *kok*, «olivas», por obra de sus numerosos olivos. Otro antiguo nombre es el de Krung Thep o «Ciudad de las Esquinas». La metrópoli,alzada a menos de dos metros sobre el nivel del mar, no conocía más vías

de transporte que los canales. Cuando se construyeron caminos, apilando tierra, se crearon inevitablemente canales. Y cuando se excavaba el suelo para levantar una casa, se formaban en el acto charcas. Éstas desaguan naturalmente en los arroyos y así los «canales» se extienden en todas las direcciones, fluyendo al unísono hacia las aguas del Menam, con una tonalidad brillante y cobriza que es la misma que la de la piel de sus habitantes.

En el centro de la ciudad hay edificios de tres pisos y estilo europeo, con balcones, y numerosas construcciones en ladrillo, de dos o tres pisos, en las concesiones extranjeras. Los árboles que bordeaban los caminos, antaño uno de los más bellos rasgos de la ciudad, han caído aquí y allá para hacer posible la construcción de carreteras y algunas calles han sido parcialmente pavimentadas. Las mimosas, interceptando los intensos rayos de sol, forman charcos de profundas sombras sobre la calzada, cubriéndolas con negros velos de luto. Tras un aguacero tormentoso, las hojas, ajadas por el calor, reviven de repente y, reanimadas, alzan sus cabezas.

En su prosperidad la ciudad recuerda algunas de las urbes meridionales de China. Innumerables triciclos de pedales se abren camino, protegidos con cortinas en los costados y por atrás. A veces, por las calles, llegan búfalos desde los arrozales próximos a Bangkap sobre cuyos lomos aún se yerguen los cuervos. Aquí y allá la piel luminosa de un mendigo leproso reluce en la sombra como un negro tiznón. Los chicos corretean completamente desnudos mientras que las chicas lucen una concha metálica sobre el sexo. En los escaparates de los bancos chinos brillan cadenas de oro puro, suspendidas como celosías de bambú.

Pero cuando cae la noche, Bangkok queda confiada a la luna y al cielo repleto de estrellas. Al margen de los hoteles con un sistema eléctrico propio, sólo relucen alegremente acá y allá las casas de los ricos, que cuentan con generadores de energía. Los demás recurren a lámparas y velas. Una solitaria vela arde durante toda la noche en los altares budistas de todas las casitas bajas que bordean el río y únicamente los dorados de las imágenes budistas brillan tenuemente en las profundidades de las construcciones de piso de bambú. Gruesas y pardas varas de incienso arden ante las imágenes. En el río se reflejan las luces de las casas de la orilla opuesta y su brillo sólo es interrumpido de vez en cuando por la silueta de un barco que cruza.

En 1939 –el año pasado– Siam trocó su nombre oficial por el de Tailandia.

La razón por la que se llama a Bangkok la Venecia de Oriente no procede de ninguna semejanza exterior entre las dos ciudades, a las que no cabe comparar ni por su estructura ni por su escala. Pero ambas emplean una pléthora de canales en el transporte y las dos albergan muchos edificios sagrados. Hay setecientos templos en Bangkok.

Las pagodas budistas se alzan entre la vegetación y son las primeras en recibir luz del alba y las últimas en retener los rayos del sol poniente, cambiando con la luz en una multitud de colores.

Wat Benchamabopit, el Templo de Mármol, construido por Rama V Chulalongkorn en el siglo XIX, aunque modesto como edificio, es el templo más moderno y desde luego el más suntuoso.

El presente monarca, Rama VIII o rey Ananda Mahidol, accedió al trono en 1935 a la edad de once años, pero pronto fue a estudiar a Lausana, y ahora, a los diecisiete, aún sigue consagrado a sus estudios. Durante su ausencia, el primer ministro, Luan Phiboon, asumió poderes totalitarios, y ahora un parlamento de carácter nominal actúa exclusivamente como cuerpo consultivo. Fueron nombrados dos regentes: el primero, el príncipe Achitto Apar, era en buena medida una figura decorativa, mientras que el segundo, el príncipe Prude Panoma, ostentaba el auténtico poder.

El príncipe Achitto, un budista devoto, visitaba a menudo en sus ratos de ocio uno u otro de los santuarios. Una tarde se anunció que proyectaba acudir al Templo de Mármol.

El edificio se alzaba a orillas de un canal, bordeado por las mimosas de la carretera de Nakhon Pathom.

Estaban abiertas las puertas de color pardo rojizo del Templo de Mármol, protegidas por un par de pétreos caballos con mandorlas en el antiguo estilo Jmer como blancas llamas cristalinas. A cada lado del recto camino de losas que conducía desde la entrada al edificio principal se alzaban, sobre la hierba de un brillante verde esmeralda, dos pabellones en el clásico estilo javanés con los tejados vueltos hacia arriba. Las mimosas dispersas por el césped, recortadas en formas redondeadas, habían florecido. Sobre los aleros de los pabellones unos alegres y blancos leones pisoteaban llamas.

Las blancas columnas de mármol indio que se elevaban junto al edificio principal, los dos marmóreos leones guardianes, la balaustrada baja de tipo europeo y la fa-

chada, también de mármol, reflejaban los deslumbrantes rayos del sol poniente y formaban un blanquísimo fondo que servía para destacar los complejos arabescos en oro y en rojo. Los marcos interiores de las ventanas arqueadas se hallaban pintados de escarlata y rodeados de llamas doradas que se alzaban envolviéndolos. Incluso las blancas columnas de la fachada estaban decoradas en un oro brillante con serpientes *naga* enroscadas que surgían abruptamente de los capiteles. Filas de serpientes doradas con las cabezas alzadas bordeaban los tejados recogidos hacia arriba, en donde se sucedían, hilera tras hilera, las tejas chinas. Las puntas de cada tejadillo inferior estaban constituidas por diminutas colas de doradas serpientes como los tacones puntiagudos de zapatos femeninos, que parecían competir alzándose hacia el azul, apuntando al mismo cielo. Todo este oro relucía más bien sombríamente bajo el sol, resaltando la blancura de las palomas que se movían entre los gablos.

Pero cuando las blancas aves, asustadas, se lanzaban de repente a volar en el cielo que se oscurecía gradualmente, se tornaban tan negras como partículas de hollín. El hollín de las llamas doradas, repetido en los ornamentos del templo, se trocaba en aves.

En el jardín, las altas palmeras parecían petrificadas de sorpresa, fuentes arbóreas como arcos, alzando más y más su verdura hacia los cielos.

Plantas, animales, metal, piedra y el rojo indio, armónicamente mezclados, jugueteaban bajo la luz. Incluso las marmóreas cabezas de los blancos leones que guardaban la entrada se les antojaban a todos como girasoles. En sus bocas entreabiertas se alineaban como semillas

sus dientes aguzados; sus caras leoninas eran airados y blancos girasoles.

El Rolls Royce del príncipe Achitto Apar surgió ante la puerta. La banda militar juvenil, de uniforme rojo, se hallaba formada en el césped, junto a los pabellones, y hacía sonar sus instrumentos. Se hincharon los cobrizos carrillos. Las pulidas bocas de las trompas reflejaban minuciosamente las figuras de los jóvenes en sus resplandecientes uniformes. Bajo el sol tropical ningún instrumento parecía más apropiado.

Un criado de chaqueta blanca y faja roja seguía al príncipe, sosteniendo sobre la regia cabeza una sombrilla del color de la hierba. El príncipe, que lucía condecoraciones en su blanca guerrera, penetró en el templo escoltado por un chambelán de faja azul, portador de las ofrendas, y de diez guardias reales.

Habitualmente su visita duraba unos veinte minutos. Durante este tiempo los espectadores aguardaban en el césped, tostándose al sol. Del recinto interior llegó el sonido de una viola china, mezclado al de delicadas campanillas, y el lacayo de la sombrilla se acercó a la entrada. Alzó hasta la altura de su hombro la sombrilla cuya punta remataba una diminuta pagoda de oro, y cuatro guardias tocados con sombreros semejantes a los de los monjes, cuyas alas les colgaban sobre la nuca, se alinearon ante los peldaños de piedra. El interior, oculto a la vista, se hallaba tan oscuro que apenas podía distinguirse el resplandor de las velas. Las voces que entonaban una sutra se elevaron rápidamente en un *crescendo* y luego se callaron tras un solo campanillazo.

El criado abrió la sombrilla verde, manteniéndola respetuosamente sobre el príncipe que se marchaba, y los guardias saludaron alzando sus espadas. El príncipe cruzó rápidamente la entrada y se metió en su Rolls Royce.

Al cabo de un rato se dispersaron los espectadores que habían contemplado la partida del príncipe, se marchó la banda militar y sobre el templo descendió serenamente la quietud de la tarde. Algunos de los bonzos de hábitos color azafrán comenzaron a pasear por la orilla del río; otros leían libros y algunos conversaban. Flores rojas marchitas y frutas podridas flotaban en el agua donde se reflejaban las mimosas de la otra orilla y las bellas nubes del cielo vespertino. El sol se hundió tras el templo y la hierba tomó una tonalidad más oscura. A lo lejos, sólo las columnas de mármol, los leones y la fachada del templo retuvieron fugazmente su blancura en el crepúsculo.

Wat Po.

Es preciso abrirse camino a empujones ante la muchedumbre que fluye entre las pagodas de finales del siglo XVIII y la gran nave central construida bajo Rama I.

Sol cegador. Cielo azul. Pero las grandes columnas blancas de la galería del templo principal aparecen manchadas como las patas de un elefante blanco.

La pagoda se halla adornada con pequeños fragmentos de porcelana cuyo terso vidriado refleja el sol. La Gran Pagoda purpúrea luce cinceladas filas de mosaicos azules e innumerables piezas de cerámica sobre las que están pintadas incontables flores de pétalos amarillos, rojos y blancos sobre un fondo azulado; es como una alfombra persa de cerámica alzada en el cielo.

A un lado se eleva una pagoda verde. Una perra preñada cuyas ubres rosáceas moteadas de negro se balancean colgantes camina vacilante sobre las losas de la entrada como abrumada por el martilleante sol.

En la Sala de Nirvana descansa una gran imagen dorada de Sakiamuni, apoyando su masa de rizos de oro en una almohada rectangular de mosaicos azules, blancos, verdes y amarillos. Su brazo derecho se extiende para sostener su cabeza y en el otro extremo de la sombría nave relucen sus dorados talones.

En las plantas de sus pies se incrusta el nácar y en cada segmento, contra un negro fondo afiligranado, hecho con conchas irisadas, aparecen escenas de la vida de Buda, todas adornadas con peonías, conchas, accesorios de altar, despeñaderos rocosos, flores de loto que se alzan de ciénagas, danzarinas, extrañas aves, leones, elefantes blancos, dragones, caballos, grullas, pavos reales, naves de tres velas, tigres y aves fénix.

Las ventanas abiertas brillan como pulidas planchas de latón. Bajo los tilos pasa un grupo de bonzos, envueltos en sus resplandecientes hábitos anaranjados, desnudo el cobrizo hombro derecho.

Afuera, el mismo aire parece presa de alguna fiebre tropical. Sobre la charca inmóvil entre las pagodas, relucientes mangles verdes hacen caer su masa de raíces aéreas. Las palomas dejan transcurrir el tiempo en un islote central de rocas pintadas de azul. En la fachada aparece dibujada una mariposa inmensa y en la cima se alza una pagoda negra, pequeña y adusta.

Y Wat Phra Keo, templo guardián del palacio real, famoso por su imagen principal, un Buda esmeralda.

Ha permanecido inmutable desde su construcción en 1785.

Un *garuda* dorado, medio mujer, medio ave, se alza a cada lado de las torres doradas y reluce bajo la lluvia en lo alto de las escaleras de mármol. Entre la lluvia luminosa brillan más que nunca las rojas tejas chinas de bordes verdes.

Las paredes de la galería del Mahamandapa se hallan cubiertas de murales que ilustran episodios del *Ramayana*.

En esa historia de imágenes, aun con más frecuencia que el virtuoso Rama, aparece Hanuman, el dios mono, el extravagante hijo del dios viento. Sita, la belleza dorada de dientes de jazmín, es raptada por el terrible rey *rakshasa*. Rama, con ojos fijos y brillantes, libra muchas batallas.

Aparecen abigarrados palacios, dioses monos y batallas de monstruos contra montañas pintadas a la manera de la escuela de la China meridional o a la de los primitivos y sombríos paisajes venecianos. Sobre el tenebroso panorama se remonta un dios de los siete colores del arco iris, montado sobre un fénix. Un hombre de dorados ropajes azota a un caballo engualdrapado que permanece inmóvil sentado sobre sus cuartos traseros. Un pez monstruoso que asoma la cabeza fuera del mar está a punto de atacar a algunos soldados de pie sobre un puente. A lo lejos se divisa un lago tenuemente azul; y Hanuman, desenvainada la espada, acecha desde un matorral a un blanco caballo de silla dorada que pace tranquilamente en el sombrío bosque.

—¿Conoce usted el verdadero nombre de Bangkok?

—No, no lo conozco.

–Es *Krung thep phra mahanakorn amon latanakosin mahintara shiayutthaya mafma pop noppala rachatthani prilom*.

–¿Y qué significa eso?

–Es casi imposible traducirlo. Los nombres thailandeses son como los arabescos de los templos, innecesariamente pomposos y floridos, filigranas por la filigrana misma.

»Bueno, *Krung thep* significa aproximadamente “capital”, y *pop noppala* es “diamante de nueve colores”; *rachatthani* es “una gran ciudad”, y *prilom* significa algo como “placentera”. Eligen sustantivos y adjetivos exagerados y ostentosos y los ensartan como las cuentas de un collar.

»Al responder con un simple “sí” al rey, el protocolo del país exige que añada: *phrapout chao ka kollap promkan saikrao sai klamon* que aproximadamente se traduce como: “Vuestro humilde y sumiso siervo obedece reverentemente a Vuestra Majestad”.

Honda, hundido en un sillón de mimbre, escuchaba, divertido y distante, las palabras de Hishikawa.

Itsui Products Limited había destinado a ese personaje enciclopédico, pero un tanto extraño y desaliñado –sin duda artista en otro tiempo–, para que sirviera como intérprete y guía de Honda. A sus cuarenta y seis años, éste ya consideraba como una especie de cortesía para sí mismo confiar las cosas a los demás, sobre todo en un país tan caluroso como éste.

Había llegado a Bangkok a petición de Itsui Products. Cuando después de una transacción comercial concertada en el Japón y conforme a la legislación japonesa sur-

gía una diferencia con un comprador extranjero, aunque hubiera de ser zanjada por un tribunal de otro país, tendría que aplicarse el Derecho Internacional privado. Por añadidura, los abogados extranjeros ignoran invariablemente la legislación japonesa. En tales casos suele invitarse a algún eminente jurista nipón a que explique a los abogados nativos las complejidades legales japonesas con objeto de ayudar a zanjar el conflicto.

En el mes de enero, Itsui Products había exportado a Tailandia cien mil cajas de píldoras antifebriles Carlos. Treinta mil de las cajas habían sido afectadas por la humedad, perdiendo su coloración y consecuentemente su eficacia. Las cajas llevaban una fecha de origen, indicando una reducción en su poder al cabo de un determinado tiempo, pero de nada servía ahora que habían quedado estropeadas. Tales problemas de carácter civil debieran haber quedado resueltos con arreglo a la ley relativa al incumplimiento de una obligación, pero los compradores habían presentado una demanda por fraude penal. Conforme al artículo 715 del Código Civil, Itsui Products tendrían que haber asumido desde luego su responsabilidad, indemnizando por un defecto no culposo en la mercancía vendida por una empresa farmacéutica subcontratista. Pero nada podían hacer sin la ayuda de un abogado japonés como Honda, experto en cuestiones de esta naturaleza que implicaban al Derecho Internacional privado.

Habían reservado para Honda una habitación en el Oriental Hotel –los nativos pronunciaban Orienten Hosten– con una maravillosa vista del río Menam. La habitación estaba aireada por un enorme ventilador blanco,

pero al caer la tarde era mejor salir al jardín que se extendía junto al río y disfrutar allí de una ligera brisa. Mientras saboreaba su aperitivo con Hishikawa, que había venido para servirle de guía en la noche, dejó que su compañero llevara el peso de la conversación. Honda se sentía abrumado por el cansancio; incluso la cucharilla parecía pesarle demasiado para que la alzaran sus dedos, y conversar era aún más fatigoso que una cucharilla plateada.

En la orilla opuesta, el sol se ocultaba tras Wat Arun, el Templo del Alba. La omnipresente luz vespertina llenaba el vasto cielo sobre el paisaje uniforme de la jungla de Thon Buri, interrumpido tan sólo por dos o tres torres que se recortaban contra el horizonte. Como si fuera algodón, el verde de la selva absorbía la luz, trocándola en un tinte verdaderamente esmeralda. Cruzaban sampanes, se congregaba el gentío y en el agua del río persistía un sucio tono rosáceo.

–Todo arte es como la luz vespertina –dijo Hishikawa, al tiempo que, como siempre hacía cuando expresaba una opinión, observaba el efecto de sus palabras en su oyente.

A Honda aquellas pausas le irritaban aún más que el continuo parloteo de Hishikawa.

El perfil de Hishikawa con el atezamiento siamés de sus mejillas y su piel pastosa, tirante y no siamesa, relucía con los últimos rayos de sol que llegaban de la orilla opuesta.

–El arte es un colosal resplandor vespertino –repitió–. Es la ardiente ofrenda de todas las mejores cosas de una era. Incluso la más clara lógica que haya logrado medrar

a la luz del día, queda completamente destruida por la espléndida e insensata explosión de color en el cielo vespertino; incluso la Historia, aparentemente destinada a perdurar siempre, se torna abruptamente consciente de su propio final. La belleza se alza ante todo el mundo y torna fútil cualquier empeño humano. Ante el brillo del ocaso, ante la llegada de las nubes vespertinas, se esfuman inmediatamente todos esos desatinos sobre un «futuro mejor». El momento presente lo es todo; el aire rebosa de un veneno de color. ¿Qué está comenzando? Nada. Todo concluye.

»No hay en ello nada palpable. Claro es que la noche posee su propia naturaleza intrínseca: la esencia cósmica de la muerte y de la existencia inorgánica. El día tiene también su propia entidad; todo lo humano corresponde al día.

»Pero no hay sustancia en la luz vespertina. No es nada más que una broma, una broma absurda, pero impresionante de formas, luz y color. Mire... mire esas nubes purpúreas. Rara vez ofrece la naturaleza un banquete tan espléndido de color como el púrpura. Las nubes vespertinas constituyen un insulto a todo lo simétrico, pero tal destrucción del orden se halla íntimamente ligada a la ruptura de algo mucho más fundamental. Si comparamos la serena blancura de la nube diurna con la exaltación moral, entonces estos turbulentos colores nada tienen que ver con la moralidad.

»Las artes predicen la visión más grandiosa del final; antes que ninguna otra cosa ellas anticipan y encarnan el final. Los espléndidos manjares y los buenos vinos, las formas bellas y las vestiduras suntuosas, todo lo que la

extravagancia de los seres humanos pueda soñar en una era está contenido en las artes. Todas esas cosas han estado aguardando su forma. Alguna forma con la que despojar y aniquilar en el más breve espacio de tiempo a toda la vida humana. Y ésta es la luz vespertina. ¿Cuál es su finalidad? Desde luego, ninguna.

»La cosa más compleja, el juicio estético más minucioso hasta en su último detalle (me refiero a los contornos indeciblemente sutiles de esas nubes anaranjadas), se hallan ligados a la universalidad del vasto firmamento; sus aspectos más íntimos se expresan en color y, unidos a sus aspectos exteriores, se trocan en la luz vespertina.

»En otras palabras, la luz del ocaso es expresión. Y sólo la expresión es la función de la luz vespertina.

»En ella, la timidez, el júbilo, la ira y el enfado humanos más livianos se hallan expresados en una escala celestial. En esta gran operación se exteriorizan y se extienden por todo el cielo los colores de los intestinos humanos, de ordinario invisibles. La ternura y la gallardía más sutiles se funden con un *weltschmerz* y, en definitiva, la aflicción se transforma en una orgía fugaz. Los numerosos fragmentos de lógica que tan tenazmente han conservado los hombres durante el día se sienten atraídos hacia la vasta explosión emocional de los cielos y la liberación espectacular de las pasiones y las gentes comprenden la futilidad de todos los sistemas. En otras palabras, todo halla su expresión en un máximo de diez o quince minutos y luego concluye.

»La luz vespertina es fugaz y posee las características del vuelo. Constituye quizás las alas del mundo. Como las alas de un colibrí que se irisan con el movimiento

mientras chupa el néctar de las flores, el mundo nos muestra un breve atisbo de su capacidad de remontarse; a la luz del ocaso todo vuela embelesado y en éxtasis... y luego al final cae al suelo y muere.

Mientras Honda escuchaba distraído las palabras de Hishikawa, el cielo por encima de la otra orilla se sumía lentamente en la penumbra, dejando un tenue resplandor en el horizonte.

¿Había afirmado que todo arte era luz del ocaso? ¡Y sin embargo, allí se alzaba el Templo del Alba!

La mañana anterior Honda había cruzado a la orilla opuesta en una embarcación de alquiler y visitado el Templo del Alba.

Acudió precisamente al salir el sol, en el momento más oportuno. Aún estaba oscuro y sólo la misma punta de la pagoda captó los primeros rayos del sol naciente. Más allá, la jungla de Thon Buri rebosaba de los penetrantes chillidos de las aves.

Al acercarse advirtió que toda la pagoda estaba cubierta de incrustaciones de innumerables fragmentos de porcelana china con vidriado rojo o azul. Cada piso estaba marcado por una barandilla; la del primero era parda, la del segundo, verde, y la del tercero, de un azul purpúreo. Incontables platos de porcelana allí dispuestos formaban flores: los amarillos representaban el centro de las flores desde donde otros platos se prolongaban para formar los pétalos. Cadenas de tales flores se remontaban hasta la cima. Las hojas eran de tejas y desde arriba descendían en los cuatro puntos cardinales cuatro trompas de elefantes blancos.